16 Cartas que no pidieron respuesta

■ Humberto Celli: un testigo de excepción

Esto no es una efeméride ni un homenaje de ocasión. Es una deuda. La escribí cuando Humberto cumplió 85 años, no para marcar una fecha, sino para dejar constancia de lo que significó en mi vida y en una historia política compartida. Aquí no hay ajuste de cuentas. Hay ajuste de corazón. Y si este texto llega tarde, que al menos llegue con verdad.

■ Cuando mi maestro cumplió 85 años

> Ochenta y cinco no es nada. Los próximos ochenta y cinco tampoco. La vida es continuidad de oportunidades. En 85 años caben muchas: victorias y derrotas, entusiasmos y desengaños, celebraciones y silencios. Pero en el caso de Humberto Celli, todo estuvo atravesado por una cualidad poco común y difícil de sostener en política: la autenticidad.
>
> Muchos de nosotros fuimos incorporados a su historia creyendo que eso era imposible. Lo veíamos a la distancia, inmenso, casi inaccesible. No imaginábamos estar tan cerca. Y estuvimos. Por eso no sorprende que, aún hoy, algunos se pregunten si a Humberto le faltó ambición o vocación de poder. Es un debate legítimo. Cuando se ha tenido protagonismo y beligerancia en el partido de mayor arraigo popular del país, las preguntas son inevitables. Más de una vez, quienes tuvimos su cobijo deseamos que fuera mucho más de lo que él mismo quiso ser.
>
> Pero la verdad es otra, y conviene decirla sin rodeos: Humberto Celli no fue ambicioso del poder. Fue un ambicioso de la historia.
>
> Por eso su legado no se agota en esos 85 años. Se proyecta hacia adelante. Las generaciones futuras –por necesidad histórica– volverán a su nombre. Y la tecnología, generosa

y persistente, les permitirá encontrar referencias, episodios y capítulos que ayuden a explicar con honestidad una historia que ya fue escrita.

Es difícil que en la historia de Acción Democrática aparezca un hombre comparable a Humberto Celli. Fue paraguas para quienes vinieron después. Esquivo a la adulancia, pero generoso sin cálculo. Receptor natural de quienes se acercaban, pidieran o no. Peleador a su manera, afectuoso sin estridencias, firme en sus convicciones, capaz de contemporizar sin traicionarse. Nunca perdió lo esencial: su autenticidad.

Serían demasiados los capítulos necesarios para narrar todo lo que significó para mí. Lamento que mi memoria no me haya permitido volcarlo todo cuando, en El rostro humano de la política, intenté rescatar tantas vivencias que merecían quedar para siempre. Aun así, hay episodios que definen a Humberto y que no pueden quedar fuera.

Cuando fui candidato a la Secretaría General Nacional de Acción Democrática y el Comité Ejecutivo Nacional prohibió la tradicional romería blanca –esa que reunía a miles como familia cada septiembre–, Humberto se opuso. Sabía que ese acto marcaría un antes y un después. Representamos una renovación legítima, popular, y eso incomodaba.

Luego, en la Convención Nacional realizada en el Parque Naciones Unidas de Caracas, ocurrió lo impensable: Humberto logró que las planchas enfrentadas –ortodoxos y renovadores– lo postularan como presidente del partido. Fue electo por unanimidad. Y poco después, fue defenestrado. Pero quedó como símbolo. Como recordatorio de una Acción Democrática que nunca debió dejar de ser.

Bastaba comprender algo simple, pero decisivo: las instituciones políticas son como los seres vivos. Hay que oxigenarse para que no mueran. No se salvan con purgas masivas ni con reflejos autoritarios propios de los peores resabios del estalinismo.

Al final, la historia no la escriben quienes ganan coyunturas. La escriben los hombres con dignidad.

Humberto, no escribo estas líneas para convencer a nadie. Las escribo para dejar constancia. Para que cuando otros busquen respuestas en medio del ruido, encuentren tu nombre asociado a una idea simple y rara: que la política puede ejercerse con afecto sin perder firmeza, y con firmeza sin perder humanidad.

Si la historia la escriben los hombres con dignidad, tú no estás en una nota al pie. Estás en el texto.

Héctor Alonso López

■ Carta a Fidel Herrera Beltrán. Mi primer amigo en México

Querido Fidel,

No escribo esta carta para ajustar cuentas ni para reabrir debates. Tampoco para reclamar nada. La escribo porque el paso del tiempo exige verdad. Y porque hay silencios que, si no se nombran, se vuelven peso.

Nos conocimos en mis comienzos en la política, ese territorio donde a veces se confunden los afectos con las estrategias y las lealtades con las coyunturas. Compartimos conversaciones, coincidencias y también diferencias. Algunas visibles, otras no tanto. Pero siempre hubo entre nosotros algo que no dependía de cargos ni de alineamientos: el respeto.

La política suele exigir definiciones rápidas y memorias cortas. Yo nunca he sido bueno para eso. Prefiero la memoria larga y la palabra dicha de frente, incluso cuando llega tarde. Quizá por eso escribo ahora, cuando ya no hay nada que ganar ni que perder, salvo la tranquilidad de haber sido fiel a lo que uno es.

Te escribo para dejar constancia de que, más allá de los ruidos, reconozco al hombre que fue capaz de ejercer el poder

sin renunciar del todo a la conversación, y al político que entendió –a su manera– que la historia no se agota en el aplauso inmediato.

No busco absoluciones ni consensos retrospectivos. Busco algo más sencillo y más difícil: nombrar lo que fue, sin adornos y sin rencores. Porque al final, Fidel, la política pasa, pero la palabra queda. Y uno es responsable de ella.

Recibe estas líneas como lo que son: una carta que no pide respuesta, pero sí comprensión. Escrita desde la serenidad que dan los años y desde la convicción de que decir la verdad, incluso tarde, sigue siendo un acto de dignidad.

Con respeto,

Héctor Alonso López

■ **Las heridas siempre tienen carne viva**

Carta a Cristóbal Hernández

Cristóbal, hermano mío:

Las heridas que se creían curadas siempre tienen carne viva. Y esta es la mía.

No me duele lo que pasó entre nosotros en aquel momento. No me duele la competencia, ni las decisiones, ni siquiera las intrigas que otros sembraron invocando nombres queridos y la sombra tutelar de nuestro admirado Rómulo.

Lo que me duele, Cristóbal, es lo que vino después. El tiempo perdido. Lo que no compartimos. Lo que no supe decirte a tiempo: cuánto te quise, cuánto te admiré, cuánto te agradecí.

Tú fuiste el primero en creer en mí. Tú, Humberto y Nelson me empujaron a Caracas como quien lanza una semilla al viento. Y floreció. Pero en ese florecer, algo se quebró. No por maldad, sino por destino.

Terminamos siendo aliados. En mi momento más estelar, tú fuiste mi candidato a la Vicepresidencia del partido. Tu destino fue el mío. No ganamos, pero caminamos juntos. Y eso, Cristóbal, vale más que cualquier victoria.

El día que te velamos no pude –ni quise– detener la lágrima. Porque llorarte era también reconocer que te amé como se ama a un hermano, como se ama a un pedazo de la propia historia.

Hoy te escribo esta carta para pedirte perdón. No por haber competido contigo, sino por no haber peleado más fuerte contra el silencio que nos separó.

Si el cielo tiene pasillos donde los amigos se reencuentran, espero que me esperes en uno de ellos. Con tu ropa igual a la mía. Con tu sonrisa intacta. Y con ese carrito que nos llevaba a todos, como si el mundo fuera nuestro.

Te quise, Cristóbal. Te sigo queriendo.

Tu compinche de siempre,

Héctor

■ La gratidud con Costa Rica es Rolando Araya

El día que llegamos a San José de Costa Rica coincidió con una inmensa movilización en el aeropuerto. Un grupo de jóvenes del Partido Liberación Nacional y de Acción Democrática se había adelantado para recibirnos. Cuando pasamos la aduana y nos recibieron con la calidez propia de los ticos, al ver a tanta gente reunida, llegamos a pensar –aunque fuera por un instante– que aquella multitudinaria manifestación era para darnos la bienvenida a nosotros. No lo creímos del todo, pero tampoco negamos que llegáramos a dudarlo.

Las dudas se despejaron cuando vimos a uno de los nuestros venir muerto de la risa, y confesarnos la verdad: ese día llegaba a Costa Rica el primer avión Jumbo 747. Sin duda, aquel gigantesco avión –y no nosotros– era el protagonista de la jornada.

Más allá de la anécdota, aquel viaje estuvo cargado de experiencias memorables. Tuvimos el privilegio de escuchar al Premio Nobel de la Paz Óscar Arias en un lugar paradisíaco llamado La Catalina, en las afueras de San José, una prestigiosa institución dedicada a la divulgación del ideario democrático. Ahí me reencontré con mi amigo Rolando Araya Monge, líder de los jóvenes del Partido Liberación Nacional –el partido del color verde en Costa Rica, mientras que el nuestro era el blanco–. También fue grato conocer a una persona a quien aprendí a estimar y por la que sentí un sincero afecto y reconocimiento: Alejandro Montesinos, presidente de la Unión Internacional de Juventudes Socialistas (IUSY), de origen chileno, quien vivía en Europa escapado de la represión de la dictadura militar de Augusto Pinochet.

> Conocí a Héctor Alonso López en las actividades internacionales de la juventud socialdemócrata. Desde el primer encuentro me llamó la atención su claridad política, su capacidad de articular ideas complejas sin grandilocuencia y, sobre todo, su comprensión profunda de la política como ejercicio humano antes que como trámite burocrático.
>
> Nuestra relación se fue consolidando en distintos espacios de diálogo regional e internacional.
>
> Compartimos debates, encuentros y reflexiones sobre los desafíos de la democracia en América Latina. Héctor representaba una generación que había crecido en la política con la convicción de que la democracia no es un punto de llegada, sino una tarea permanente.
>
> En esos años, Venezuela ocupaba un lugar central en las discusiones continentales. No solo por su peso político, sino por el prestigio de una democracia que había logrado estabilidad, alternancia y progreso social. Héctor Alonso era una de las voces que mejor expresaba esa experiencia: sin triunfalismo, pero con firmeza.
>
> Recuerdo los intercambios sobre el papel de los partidos políticos. Héctor defendía la necesidad de organizaciones sólidas, con raíces populares y capacidad de renovación. Advertía –con lucidez temprana– los riesgos de vaciar la política de contenido ético y de sustituir el debate por la consigna.

Con el tiempo, nuestras conversaciones adquirieron un tono más reflexivo. La región cambiaba. Las democracias enfrentaban nuevas amenazas, muchas de ellas internas. Héctor, lejos de la nostalgia, insistía en la necesidad de aprender de los errores sin renunciar a los principios. Para él, la historia no era un museo, sino una fuente de lecciones.

Valoro en Héctor Alonso su coherencia. No siempre coincidimos, pero siempre nos escuchamos. Y en política, esa disposición al diálogo es cada vez más escasa. Su trayectoria demuestra que es posible ejercer liderazgo sin estridencias y sostener convicciones sin caer en el dogma.

Desde Costa Rica, doy testimonio de un político venezolano que entendió la dimensión continental de la democracia y que supo representar a su país con dignidad, inteligencia y sentido histórico.

Rolando Araya Monge
Costa Rica

Rolando Araya Monge y yo tuvimos el privilegio de ser vicepresidentes de la IUSY durante el mandato de Alejandro Montesinos, una experiencia que fortaleció lazos personales y políticos que el tiempo no logra erosionar.

No me resulta fácil escribir algo objetivo sobre mi relación con un amigo a quien quiero tanto. Nos conocimos en circunstancias muy distintas, tanto en Venezuela como en el resto del mundo. No recuerdo con exactitud cuándo fue nuestro primer encuentro, pero debió ser en alguna reunión de la IUSY en Helsinki. Sin embargo, cuando coincidimos, fue como si hubiéramos sido amigos desde mucho tiempo atrás.

En aquellos años de la primera presidencia de Carlos Andrés Pérez, tú eras diputado y líder de la juventud de Acción Democrática (AD). Yo ocupaba un espacio similar como diputado durante el gobierno de Daniel Oduber en Costa Rica. Carlos Andrés había vivido en mi país y allí se había gestado una relación casi fraternal con varios dirigentes del Partido Liberación Nacional (PLN), entre ellos Daniel.

Héctor y yo coincidimos en varios países en reuniones de aquella organización internacional de jóvenes. Como vicepresidentes, organizamos juntos una importante reunión de la IUSY en 1978, con una primera parte en San José y una segunda en Caracas.

Desde entonces, aunque Héctor era muy joven, ya se perfilaba como un importante líder de AD, rodeado de un elenco de figuras y personalidades de renombre internacional. AD y el PLN eran partidos hermanos, como lo fueron Daniel Oduber y Carlos Andrés Pérez, y como lo hemos sido Héctor y yo.

Años después de aquel encuentro en Caracas, organizamos una nueva reunión de dirigentes jóvenes de partidos socialdemócratas en La Catalina, Costa Rica, en 1990. Pasamos varios días juntos conversando sobre los cambios que se estaban operando en la región, sin imaginar que Carlos Andrés tendría que enfrentar un brutal ataque de fuerzas antidemocráticas que conducirían al país a la dictadura que hoy se ha impuesto.

Han pasado los años. Millones de venezolanos han tenido que emigrar a otros países como consecuencia de la pobreza generada por esa dictadura, en uno de los países más ricos del mundo. Y es precisamente en la lucha por recuperar la democracia que vuelvo a coincidir contigo, Héctor Alonso, ahora con un papel protagónico en la última campaña. Tu fe y tu visión mantienen viva mi esperanza de ver brillar de nuevo el sol de la libertad en Venezuela.

Rolando Araya Monge

Más allá de la política

Conocí muchas facetas de Rolando Araya Monge. Lo traté como dirigente político, como compañero de luchas internacionales y como amigo. Con el tiempo confirmé que ninguna de esas facetas explicaba por sí sola quién era. Ingeniero químico de profesión, llevó su mente analítica y su enfoque en la resolución de problemas mucho más allá del laboratorio, convirtiéndolos en herramientas para forjar una de las carreras políticas más influyentes de Costa Rica.

Desde sus inicios como diputado y luego como ministro de Obras Públicas y Transportes, Araya demostró una visión pragmática. No fue únicamente un político: fue un gestor que entendió la infraestructura como motor del desarrollo nacional. Bajo su liderazgo se impulsaron proyectos clave que dejaron huella en el país.

Su liderazgo lo llevó también a ser candidato presidencial, un rol que asumió con pasión y convicción. Aunque los resultados electorales no siempre le fueron favorables, su compromiso con el desarrollo social y la justicia nunca decayó. Fue un ejemplo de resiliencia y de la importancia de mantener una voz crítica y propositiva, incluso fuera del poder.

El legado de Rolando Araya Monge no se mide por los cargos que ocupó, sino por el respeto que supo ganarse entre colegas y adversarios. Logró combinar el rigor científico con la calidez humana, la disciplina de la ingeniería con la pasión de la política.

Hoy, al rendirle homenaje, no recordamos solo al político, sino también al pensador, al ciudadano y, sobre todo, al hombre que dedicó su vida a construir una Costa Rica mejor.

■ Humberto López Hernández. Un mexicano a todo dar

El mejor camino

Conocí a Héctor Alonso López en los años en que la política latinoamericana estaba atravesada por grandes debates ideológicos y por una intensa movilización juvenil. Venía de México, de una tradición política marcada por la hegemonía del PRI y por la experiencia del movimiento estudiantil de 1968, que dejó una huella profunda en toda una generación.

Desde el primer momento advertí en Héctor una cualidad poco común: su capacidad para escuchar. No llegaba a imponer verdades, sino a contrastar ideas. En un continente donde la política suele confundirse con la arenga, esa actitud era –y sigue siendo– una rareza valiosa.

Compartimos encuentros internacionales, discusiones sobre el futuro de la democracia y reflexiones sobre el papel de la juventud en los procesos políticos. Héctor representaba a una Venezuela que todavía creía en los partidos como instrumentos de transformación social y no como simples maquinarias electorales.

En nuestras conversaciones, Héctor insistía en la importancia de la formación política. Defendía la idea de que los dirigentes debían prepararse, estudiar, comprender la historia y asumir la responsabilidad ética del poder. Esa visión contrastaba con otras experiencias latinoamericanas donde el acceso al poder se daba sin preparación ni rendición de cuentas.

Con el tiempo, fui testigo de las dificultades que enfrentó en su propio país. Las luchas internas, las traiciones, las decisiones que marcaron rumbos irreversibles. Aun así, Héctor nunca renunció a su identidad política ni a su compromiso democrático. Supo resistir sin convertirse en un resentido, y esa es quizá una de sus mayores virtudes.

Desde México, donde la política ha sido durante décadas un ejercicio de paciencia y adaptación, reconozco en Héctor Alonso a un dirigente que entendió la política como servicio y no como botín. Su trayectoria forma parte de una historia latinoamericana compartida, hecha de aciertos, errores y aprendizajes colectivos.

Dejo este testimonio como constancia de una amistad política fundada en el respeto, el intercambio de ideas y la convicción de que la democracia, con todas sus imperfecciones, sigue siendo el mejor camino para nuestros pueblos.

Humberto López Hernández
México